

LUNADA EN COSTA BAJA



Edmundo Lizardi

Lunada en Costa Baja

Edmundo Lizardi

LUNADA EN COSTA BAJA

Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.

© Edmundo Lizardi

De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez

Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio

Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina

Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez

Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Edmundo Lizardi

Corrección de estilo: Diana Luz Oliva

Diseño editorial: Estudio APP

Portada: Ezra Katz

ISBN: 978-607-546-400-8

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.

Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Bahía Madre

Esto es un charco
No te vayas a ahogar
Curtido capitán
Gran Señor de las Aguas.

Esto es un mar abierto
Palinuro
A punto de robarte
La mirada.

Serás

La gota que recuerda

La madre nube

El padre mar

La hija lágrima

La amante sal.

Apúrate, Chelino
tenemos que llegar
Si quieres yo te ayudo
un ratito a remar.

Trepa el risco más alto y alucínate faro
viejo lobo de mar.
Con luz propia hazle un guiño a esas velas
que no saben llegar.

No le saques al parche del pirata
A la cuenca vacía del ojo a la deriva
A los garfios insomnes bajo las estrellas.

Al loro que celebra el abordaje de la nave fantasma
Y se esfuma en la niebla sobre el puente de mando.

Corsario a la deriva:
Perlas son ya tus ojos
Purificada sal
Sueño de estatua
Ebriedad del Cíclope:

Tierra a la vista.
Playa de Nadie.

Porque la infancia no es un juego de niños
vuelvo al patio de los aparecidos.

Vuelve a pitar el barco en que partiste
En busca de los Nuevos Horizontes
Que borrarán los puertos prometidos
Y siempre te dejaban cabalgando
La cresta de humo de las altas mareas.

Fijar la luz
Tatuarla
En la mirada
De la encrucijada.

Campanas que doblan
Tierra adentro
Para que el mar devuelva
Todo lo que no es suyo.

En los ojos del pez
Fijos en tu pupila
Crece la cabellera del ahogado.

En la delgada tinta
Que contiene los nombres
Sembrados en la arena.

Arre arre arre
Caballito del mar
Sumérgete en la herida
Entre el Bien y el Mal.

Cabalga entre vapores
Bermejos del poniente
Disuélvete en la tinta
Del diluvio menstrual
De la diosa que espera
Al jinete iracundo
Que ya no se imagina
Si es que viene o va.

Besa la mojarrita la carnada
Mordisquea juguetona
Le da vueltas
Demasiado bocado
Para la niña necia
Salta sobre la punta del anzuelo
Se le queda mirando
Burbujea
Gira sobre sí misma
Y se esfuma
Parpadeo
De Estrella.

Has vuelto en los vapores
Que preceden al trueno y el relámpago.

Es un crisol acuoso tu mirada
Que te ve a la distancia
Inclinarte para besar la orilla
Palpar el caracol que dejaste enterrado
Antes de tu partida
Y elevarlo a la altura del oído
Que se deja llevar por el rumor oceánico.

Escama refulgente del pez
Que por la boca muere
Que por la boca escapa
Que por la boca empieza
A surcar otras aguas.

En la asfixia del aire
Se libera el anzuelo.

Cangrejo de paso alrevesado
Como el reloj de los historiadores
Devórate a ti mismo
Y dime a qué te sabe
Tu suicidio.

Todas las madrugadas
Con bajamar
O con marea alta
Ebrio de ti y de mí
De nuestro aliento
De bodega de mar
Vuelve el cisne marino
El Príncipe del Cielo
a posarse
Sobre el fondo herrumbroso
De la Bahía Madre
Al descubierta
Cementerio marino
Con la raíz de fuera

O en el rítmico oleaje
Bajo el Cuarto Creciente
Muy cerca de la orilla

*“Siempre has estado aquí
Nunca te fuiste
Con tu perfil de interrogante
en vilo
Recortando la noche
Garfio ardiente.”*

Vuelve el albatros
De Carlos, el Maldito
A su querencia de la nave
De los marinos ebrios.

Vuelve a caer
El príncipe del cielo
Y sus alas arrastra
Entre jarcias vencidas
cabos sueltos.

Bajo la tempestad
Remolino de sombras
Que ofrendan sus cuerpos
A la próxima ola
Como pájaros muertos.

Dame esa oscuridad de boca a boca
De labios de humo dame la palabra:
Esa estrella prendida de la rama más baja
Del árbol de la noche.

Dame esa transparencia con un beso
que me desnude en la alta madrugada
Al filo de los acantilados.

El sol apagado del erizo
Que empieza a ahogarse en su propia tinta.

Dame esa luz que no te toca el alma
Que te traspasa el cuerpo.

La mirada de Circe
Separando sus piernas.

Y regresa al relámpago
Que cada vez más cerca de Nosotros
Se ha pasado el día interrogándonos.

En las barbas del bagre
Descifrarás
Historias
Abisales.

Danzan los muleginos
Y encienden
Su arcoíris
Submarino.

Zarpa

Basta con arrojar una palabra al fuego

Para incendiar la vida
Para quemar las naves
Para volver ceniza
el mundo.

Eres

La mariposa negra

Que muere deslumbrada
en el farol

De la esquina de siempre

Después de la tormenta.

Isla el amor

el hombre
la palabra

la calle que anochece.

Isla ola
marea
isla cifra
larvario

del sol del archipiélago.

Isla de agua que calla
isla de agua que espera
isla de agua que estalla
isla de agua serena.

Isla rompiente
ascua y lunario.

Cuerpo que emerge
entre proas y faros.

Isla la muerte

la siempreviva
la memoriosa
la que se olvida

Isla de islas.

Inmóviles los remos

apagadas la velas
se hacía tarde y el cielo
era un templo desierto.

Daba vuelta la quilla

en el fondo del mundo
y un clamor de mareas
avivaba el incendio.

¿Quién eres corazón de erizo
sombra de anguila
botella rota en la bajamar?

Una canoa surca tus pupilas
espadas de sal y de cantera

Navega por tu cuerpo de aguamala
de grulla anochecida
en los muros del muelle abandonado.

Los niños persiguen cangrejos en la playa
y se esconden en las canoas varadas en la orilla.

En altamar las voces
se confunden.

Los juegos y los sueños

La misma barca ebria

Entre los remolinos.

Ojo de Cavendish y Francis Drake
sol desahuciado
que dobla el Cabo
y atraca en la isla
del Espíritu Santo.

¡Encantado!
¡Encantados!

Cuerpo de lunas apagadas
centro perdido de sí mismo
lunar borrado por la lengua del agua

Estrellita sin mar
consúmete
consúmete.

Aguaquemada

Bullicio de la urgencia

Reverbera

Pantalla

Reverbera.

El pescador

El niño de la red de luciérnagas

Desciende del tumulto estelar

Con su aureola de humo

Sobre el mar.

Huella

Fulgor que se consume

Que se queda

Ardor desencantado

Que se va.

Encadéname amor de mangle bajo
arena del bautizo
caliente marejada
No me dejes partir
porque no vuelvo.

Con sangre del crepúsculo en el pico
las auras vuelan hacia la noche.

Cruje el vientre de la maga
la bruja
la hechicera.

Un sol oscuro se asoma entre sus piernas

Son las seis de la tarde

(“La tarde: Esa manzana que escondes en tu
carne”).

Arribo

Aparecidos

Vuelve un aire ligero de guitarras
a derramar la oscuridad del vino.

Y arde la vela —la que nunca llega—
incendiando ventanas.

Furias que arremolinan cielos
y derrumban altares.

Ojo de la tormenta que se apaga
en la palma de tu mano.

Tacto en ruinas.
Tocan a la puerta
ladran tras las ventanas
caminan de puntitas
conspiran.

El día es una bugambilia al fondo de uno de estos viejos patios.

Fronda sonámbula que devora los muros de la ciudad y el puerto.

Abajo, en la playa, juegan los niños recién llegados
de la isla.

Los pescadores enarbolan sus redes de sal.

Diáspora de cangrejos que persiguen su sombra
su fragmento de eternidad
las fugitivas aguas del principio.

Galopes

I

Han vuelto ciertos aires a remover las hojas
los olores, los ritmos.

Han vuelto entre vapores que humedecen los muros
y empañan las lámparas.

Un galope se extiende y se evade en su propio misterio.

Cruje el techo de la casa del día.

Alguien llama a la puerta y pregunta quién vive.

En el piso de tierra las huellas se descubren
y un perfil gesticula con otra sombra antigua.

Vuelve el galope
un potro tan lleno, tan sobrado de noche.

Como el monte de espinas.

El aceite y su tacto de llama rediviva
gritan la desmesura de esos rostros.

II

Pero escampa

sí

escampa

como en los viejos tiempos
y conspira la hierba
bajo la espalda
de los amantes fugitivos.

Calle que vuelve al mundo con números precisos
y dobla las esquinas con orgullo de luz desconocida.

No hay paloma que vuele vaya y diga
El cielo acaba de incinerar sus ángeles.

Entierro

Te desvaneces

En el cristal de sal de tu mirada
Y solo queda el ojo de un sol ciego
En el centro de la noche

Corona de cristal
Pupila ausente
Círculo y espiral
Memoria de serpiente.

En los labios del muerto
profundamente muerto
la palabra silencio
reivindica la tierra
de su entierro.

Desgrana la viuda
las cuentas del rosario.

Llora y reza la bella
y se pierde
en el rumor
del tacto.

Vuelve la voz del agua
y del espejo: Narciso se desangra.

Ella se hunde en el estanque helado
entre yerbas y flores
entre inciensos y salmos.

Una estela bermeja se derrama
y el cuerpo fragmentado en el reflejo
recrea la leyenda de su nombre.

*“Pero nadie se acuerda ya de nada
no hay de dónde colgarse a estas horas
A la luz le hace falta una piñata
que ilumine los patios más remotos”.*

La Víspera

Si hay un pueblo leído
es el de los gitanos.
Suyo es el libro abierto
el secreto robado
de la borrosa palma de tu mano.

Soy el infiel más fiel que te haya amado.

Me fugué con la aurora en busca de otras noches, te busqué en otras almas, otros cuerpos, y en todos encontré algún destello tuyo.

Tu mirada perdida, tu perfume marino, tu sonrisa entre lágrimas, tus reproches, tu estilo de fumar a la orilla del lecho después de la batalla; tu espalda y tus lunares velados por el humo del barco que volvía a hundirse en la mirada.

Cabalgando *“la yegua de la noche”*,
vamos hacia la aurora que se gesta
bajo tus párpados sellados por un beso.

Abre esos ojos y disuelve las sombras retardadas,
los rescoldos del sueño, las imágenes rotas, cabos sueltos,
en la luz de las aguas del bautismo.

Que alumbre tu mirada el milagro del día.
Que nada, nadie, tendrá razón de ser,
si no lo ves, si no lo miras.

Todo está dicho bajo palabra tuya
Lapidaria es tu lengua
Bautismal ojo de agua
Remolino de pájaros
Que comen de la mano
Que reparte las cartas
Y picotean los puntos suspensivos
Las migajas que llevan a mi jaula.

Y bien, aquí estás ya sobre la playa
donde el mar y el desierto nos descubren
granos de arena con vocación de estatua.

Ya no llueve
ya no veo llover

Más allá de la lluvia
bajo el arcoíris
y el último relámpago
solo queda una gota
que se apaga.

Una perla celeste
la sonrisa de Dios
cristalizada
me ha robado la luz
el agua bautismal
de la palabra.

Nuestro será el Diluvio
el Arca, el Cuervo y la Paloma.

Ayer volviste a visitarme en sueños
(Ya te imaginarás)
Y no puedo contarte lo soñado
Una voz de caverna
Me lo impide
La de la pesadilla recurrente
Del Gran Inquisidor
Brujo de los estreñimientos
Literarios
Confunde las imágenes
Y grita:
¡Censurado!
Y ahora sí,
Creo que despierto.

(La víspera)

Nunca quemes tus naves
juglar de siete mares
perdido tierra adentro.

Que te esperen ahí:
En un claro de luna de la Bahía Madre
A la orilla del *“alba de rosáceos dedos”*
Espectrales entre los arboles del tramonto
con sus mástiles firmes y velas desplegadas
—infalibles páginas en blanco—
danzantes, tentadoras.

Nunca quemes tus naves hijo del MARABIERTO.
«No para siempre en tierra»
Nunca digas, sediento Palinuro:
“De estas aguas no volveré a SABER.”

Agua salada corre por tus venas.
Abisales raíces, memoriosas corrientes, vocerío de mareas,
cantos de gesta, forjan tu mito y tu leyenda.

Insepulto esqueleto de iridiscente sal
Eco de las canteras
Grano de arena.

Lunada en Costa Baja

El paisaje es memoria:

Hay un ciego que lee en la caída
de esa estrella fugaz
sobre la palma de mi mano
la ruina del Zodiaco.

Todo está por decirse
todo está por nombrarse
como en el Primer Día.

Nada importan los años que te fuiste
La vida que viviste
Las muertes que moriste lejos de casa
o de lo que alguna vez lo fue.

Siempre serás como ellos y ellas te recuerden.
Fragmentario mutilado fugaz.

Una imagen a la medida de su insularidad
y de su encierro.

“Siempre has estado aquí, nunca te fuiste”.

Qué más da si nace o muere el día
Si el paisaje es memoria, tiempo en desbandada,
ascua, ceniza, humos del gran incendio de tus naves

Qué más da si es Ahora o Nunca,
apagón o alborada, la hora en que no sabes
que no sabes

Por la luz que nos llama a la escena del mundo
que nos aparece y desaparece
en cada parpadeo.

Nos siembra en el paisaje y nos da un nombre
bajo constelaciones fantasmales
Estrellas muertas en el principio de los tiempos.

Por esa luz viajera
tan vieja y siempre nueva
vivimos un presente que es pasado.

La imagen que contemplo de tu imagen
es un nanosegundo más antigua.

Reliquia que crispera la memoria
materia oscura, agujero negro
que devora el espejo en que nos vimos.

Del Preludio en el Teatro
llega la Música de las Esferas.

¿Dónde andas, Coromuel, Coromuelito, mítica brisa con nombre de pirata, a ti también te dio por escaparte?

¿Te habrás ido de juerga rumbo a la contracosta y andarás de coqueta acariciando cuerpos, dibujando sonrisas, alborotando mares perfumando la noche, allá en los guaymas y los mazatlanés?

Dónde andas, Coromuel, Coromuelito...

Sin ti no somos nada al fondo del caldero de estos días, en la asfixia de un julio tormentoso.

Señuelos del vapor, espectros de la humedad abrasadora; memoria, palabra que naufraga en su propia tinta.

Hay más palabras vivas aquí dentro
hogueras de las playas interiores
que luces allá afuera.

Quedémonos en nuestro domicilio
Aquí en la Costa Baja del Principio.

Tu puerto remolino
colla zumbona sobre el caserío
Aquelarre de voces en noche de lunada.

Quedémonos con nosotros mismos.

Aquí vinieron las ninfas califórnicas

A refugiarse contra los rumores

Toda la sal del mundo amotinada

En la punta del mástil

Más enhiesto de la bahía.

Crece el día entre ruinas, disoluto arlequín sabelotodo que pregunta quién vive en cada esquina, y se enreda con cualquier murmullo que disuelva su nombre en otros nombres entre las frondas de los laureles de la India y el caprichoso mapa que el bajamar revela:

Continente de erizos y aguamalas, de cangrejos dormidos y botellas ahogadas.

Borrachín que se faja un farolazo bajo las palmas viejas de la Huerta del Cocol, y ve pasar los barcos como sombras de auras alucinadas, que llevan en el pico la sangre del Bermejo.

Crece el día entre faros:

Muchacha querendona que deja que la brisa modele sus andares y vierta sus perfumes, sus secretas esencias, y el malecón se extienda como una pasarela de espumas rumorosas

Los pescadores descargan las atarrayas en la orilla, y de las ruinas del Bahía surge una canción:

*“Y las gaviotas vienen de lejos
Cruzando mares, buscando amor”*

Bajo la sombra de un mangle del estero, vuelve el calor que nos robaba el pulso; el cuerno de la luna mar adentro, la arena, las piedras, los zancudos.

Te preguntaba cuando tu silencio, si traías la música por dentro:
El *Wolfman*, me dijiste, te enfadaba:

“Apaga el radio, tonto, dame un beso...”

Es domingo por la noche y el puerto baja al desfile maleconero.

Pago en La Barquita, guardo los cigarros en la bolsa del pantalón, y cruzo la calle con una soda en cada mano.

Me detengo entre dos hileras de luces, espero el paso del próximo vehículo— lento como barco que atrac—, y desde el asiento trasero unos ojos de mujer me reconocen.

Hace unas cuantas palabras era el bosque de cactus cerrándose al paso de Manuel en una cuesta rumbo a Ensenada de Muertos.

“¡Hablen, cabrones, digan algo!”

Hay nombres que tienen vida propia, pienso, vida después de uno mismo, mientras los ojos de Manuel flotan en la espuma del agua mineral, y la Canción de Mezcalito navega en la mirada que se encuentra a sí misma en la corriente de luz:

“En esta casa vivió López Velarde”, dijo el culto de Yuyo apuntando a una esquina del pueblo de Venado. Luego pintamos huella hacia el monte, el florido desierto de San Luis, con mochilas a cuestas y un cuartito de Sunshine para la resolana entre pecho y espalda.

Había un césped finísimo alfombrando la tierra, las planicies del valle y sus Monturas; cirios solemnes y elegantes palmeras atisbando al intruso que alucinaba el mar en cada tras lomita, en cada golfo de sombra que se cruzaba al paso de los que volverían a ser recolectores: Pepe, Nandillo, Yuyo y Oscarín, el Cuarta Dimensión, consentido discípulo de Gurdjieff y de Ouspensky.

Bajo aquella nube cargada de humedades salobres, de negros aguaceros, de luz purificada, espera Ambrosio, el indio ejidatario de dientes de mazorca maltrecha y ojos de uva oscura y temblorosa, de sombrero de paja y huachaches de cuero, adorador del gusanito de oro de alcoholes ingraduables, matadores del hambre y del hastío.

Una de Siete Letras, nuevecita, bien envuelta y con moño de colores, viajaba en las espaldas de Oscarín hacia la sed de Ambrosio, el brujo y anfitrión, cacique de los campos de daturas, de cachoras cegadas por el hilo invisible de Don Juan, el hermano, el aliado traspasador de muros, fabulador de encantos, constructor de caminos con corazón.

Siete Letras ardientes como clavos para la soledad del indio que se lava el rostro en el estanque donde la nube que baja de la sierra de Guanamé, aclara su mirada de diosa encandilada por la luz del relámpago, del trueno silencioso, eco de la cascada submarina: bosque de corales cantores que recuerdan que alguna vez fue mar este desierto.

Hay un pájaro extraño en el alma del indio, en el pecho de Ambrosio las alas golpetean, el pico busca las vísceras más rojas o más negras, los ojos se recrean en la flor de la sangre: un corazón tan espinudo como la ruta al Cañón del Fuego.

**“Más vale andar
entre espinas y abrojos
que con el hambre
hasta los ojos...”**

Y ahí venían los chamacos, que ya no eran dos como el año pasado, sino cuatro, cargando con mochilas y con los malos aires de la ciudad pegados a sus huesos brillantes y crujientes como una segunda piel; los humos enredados en sus crecidas greñas y en su mirada de parpadeante neón; raza coleccionista de gallinas chichudas y pericos mamones, de Velloquinos—Loros; raza descubridora del ejido encantado, reino de Mezcalito y sus botones de catorce gajos.

Comeríamos elotes tatemados con chatos de tequila, antes de emprender la marcha hacia las vetas surcadas por sierpes venenosas y esa luz enrarecida tras la ceniza de la tarde.

Machete en mano Ambrosio abría brecha, marcando el ritmo con su trote huichol o chichimeca al filo del barranco, entre cañones, por las veredas

alumbradas por su inmenso y solitario corazón, en los pasajes que olían a emboscada, sobre las piedras de cuya entraña brotaba una serpiente que se elevaba como un signo de interrogación buscando el cuello y la sangre dulzona de los urbanosaurios, solo para entregarse al filo del acero magistralmente asido.

Que ya íbamos llegando al tal Cañón del Fuego, la veta prometida, reino en que Mezcalito gustaba de jugar a las escondidillas con los recién llegados, modistos citados, esclavos del consumo de sospechosos somas, carne fresca para la Revolución devoradora de hombres.

Aprender a mirar, a ver, la primera lección, a encontrar tu lugar en las entrañas de la luz, ir penetrando la sombra luminosa y descubrir el botón florecido a ras de tierra, que ahora salta a las manos de Oscarín, el Cuarta Dimensión, viejo lobo de mar, curtido catador de daturas y pócimas y polvos, que nos lleva al ritual de meter el cuchillo bajo tierra, encontrar la raíz y degollar al gnomo, al genio vegetal, el memorioso cactus, que espera el beso amargo, la primera mordida, que despierte sus sueños.

**“Porque se empieza a hablar
y volvemos a ser recolectores...”**

La sombra de la tierra invade el sol y una fina llovizna de ceniza inventa otra estación, otro paisaje donde mirar es crear: ojos cantores, tacto intacto. Contra el relámpago sin trueno tres caballos salvajes se desprenden del horizonte humeante. A galope tendido huyen de la cortina de agua que les pringa las colas alazanas.

Vienen hacia nosotros, potros de lumbre bajo el aguacero y el eclipse devoradores.

En un sendero del jardín de La Floresta, detuviste tus sonámbulos pasos, me miraste a los ojos y dijiste:

—La solución es olvidarlo todo.

Y te dejaste ir en el tropel de voces, por un pasaje de puertas entreabiertas y penumbras ardientes, lámparas de crepitante aceite en manos de humo, largas y viejas manos de mujer protegiendo la llama debilucha, entre husmeantes gatos amarillos y negros que cruzan los túneles de polvos luminosos, tacto dorado que traspasa la oscura piel del piano vertical que vibra al fondo del salón, y acaricia la escala blanca y negra del teclado.

Se enciende el florido linóleo de casa del Cocol, vibran los sillones de mimbre, tiemblan los jarrones de porcelana y las figuras de sololoy danzan en la mesa de centro.

Envuelto en un oleaje de campanas, sonrío el personaje del antiguo retrato, y Cocol, el virtuoso, inicia otra escalada hacia las cimas, hacia las recargadas frondas de los palmares y los laureles de la India, donde la brisa afina los bemoles que perfuman el gran solar baldío que rodea la casa del artista, la huerta florecida que ahora se estremece porque la cofradía de Carambuyo Bill ya está completa y empieza el farolazo de la Hora Feliz, el brindis en honor de ese piano que crece como la luz—enredadera.

¿En dónde te quedaste Obregón Perla?

Gira el ojo de Carambuyo Bill en el fondo del espejo de alcohol. Es el puerto vigilia al rojo vivo. Cuarto menguante colgado de una rama baja del árbol de la noche.

Lunada, aquelarre, misa negra, en Costa Baja.

“Si los *urbanosaurios* –diminutos y oscuros seres del altiplano– llegaron a tu orilla a levantar pirámides humanas y a rebotar balones en tu lecho; si las manos de un niño construyeron castillos con tus granos y exploraron tu entraña hasta encontrar el agua prometida; si los borrachos te cubrimos con latas de cerveza y los adolescentes dejaron que el veleidoso jugo de sus sexos se confundiera con la humedad de escarcha; si el imperio del dólar te cercó y te dio un nombre: ‘*Paradise Inn?*’ ‘*Costa Baja?*’, y asistimos con hambre mitológica a la gesta de Ulises –nuestro Ulises, de aquí, de Miraflores–, que dejó su sonrisa burocrática metida en un cajón por un día en la vida y enfiló con un puñado de valientes hijos de Manuel Márquez de León, picos, mazos en ristre, a derrumbar los muros de la infamia; si los muros volvieron a erigirse, porque el lugar común –“business are business”– es la mejor, por simple y económica, de las filosofías; si todo esto es historia o historieta y el moderno pirata (el tesoro de Cromwell aún brilla en tu vientre) escribe su leyenda sobre la espalda del Constituyente...

Si un desalmado vate chuniquero, hundió en ti sus pezuñas de cabra, de uñas largas y negras, y desde ahí, con un poniente borgiano derramado en sus ojos arrojó su vida al mar en una piedra; y aquel oaxaqueño de curtidos huaraches, que llegó ‘con una mano atrás, otra adelante’, un mediodía se insoló en tus dunas y te maldijo y juró regresar porque ya había comido ciruelas del Mogote; si entre tu senectud y la del mar, danza el demonio en medio del remolino y un cangrejo se devora a sí mismo, caminando hacia atrás, como el reloj de los historiadores; y un perro echado bajo un mangle se soñó tigre o león, renegó de su estirpe de perro callejero y de su nombre (No, que no Firulais, ¿Rommel o Kaiser?), y ladró a las gaviotas y otras aves con envidia infinita y se pasó la tarde escarbando, escarbando hasta dar con una de esas piedras blancas, porosas, que confundió con un hueso milenario que el maestro Piñeda de buena gana hubiera colocado en una vitrina del Museo... Si lloró una mujer –una típica viuda de estos puertos– viendo pasar el barco que llevaba a su amor, un marinero prieto y saleroso, nativo de Guerrero, con una mano en el pecho, otra en el vientre, ¿vuelve-

rán los de entonces –te evoco Neftalí Reyes Basoalto– a quemar una llanta, a encender una hoguera para danzar alrededor del fuego bajo la luna nueva, como en los buenos tiempos?

¿Volverán los de entonces a tomar de la mano a una muchacha y escapar con ella a lo oscuroito?

Recuerda, Arena Madre, todos los cuadros vivos de tu teatro; recuerda al Efebo acelerado, de mala puntería, que una noche oscura de ansias y amores inflamada, diera una estocada sobre un montón de conchas en su loca carrera hacia un final feliz precoz, de muerte súbita (¡Que si sangró aquel pájaro, señores!).

Recuerda los mosquitos que invadieron su pálido trasero y su pecosa espalda, en el momento cumbre: ¡Qué confusa emoción!; recuerda los rituales de los sacerdotisos, el clamor y la gula de los fieles que pedían ‘otro poquito más’ a la enervada noche...

El blues Marea Baja encantando a las fieras judiciales y desafiando a las Buenas Conciencias; la aceitunada luna mar adentro –*Oh sunshines, window panes!*– alumbrando las máscaras de papel aluminio que cubrían los rostros del gran Rocco Rivera y del chamán Chollet, los brujos elegidos por las sedientas hordas del verano para la misa negra:

“¡Venid, Gran Señor de la Luz!”, se oía entre los mangles...

Si todo esto es historia o historieta, histeria de tu histeria, Narciso, hermano mío, mi hipócrita lector, mi igual, mi etcétera; si todo esto es memoria y es ausencia, ¿cuál es, Arena Madre, tu heredad, tu epitafio?”

Persigo la sonrisa que se fugó hacia las playas del Sur, a estas horas en que el fuego de las hogueras se levanta y se agita con el grito primario de Robert Plant, y una muchacha desconocida se desprende tras los campers, se inclina sobre mí, y pregunta por qué hago esos gestos.

¿Quién eres? ¿La de la boca vengadora de agravios o la de lengua suave y juguetona?

¿La de los labios púrpura surtidores de fábulas nocturnas, transparentes y espesas como el humo de El Íntimo en la Hora Feliz?

¿La enferma de ser Ella la Mentira sin gracia de la zorra? ¿La de piernas nerviosas y sonrisa distante que descubriste al fondo de aquel patio infinito bajo las bugambilias?

¿La putita del barrio que te enseñó a reconocer el sabor de Dios en el ojo de agua de su entrepierna?

¿La aspirante a hechicera perfumada de hierbas, maquillada con polvos de otras vidas, otras muertes, otras brechas? ¿Quién eres, corazón, la que te acercas, la que se desprende de más allá del fuego, del otro lado de la cabellera de la lumbre, como flama huidiza que al calor de la fiesta cobra cuerpo y encarna en Ella, que no es nadie, que apenas quiere ser ese recuerdo, aquella imagen que se achica y se agranda al vaivén de la hoguera? Ella: Todas en una emergiendo del fondo de la noche, del ritmo de las danzas y los cantos, donde los campers vibran como carpas tribales y sonora luz propia, queriendo ser apenas unas cuantas palabras:

¿De qué te ríes?

(Y ella vendrá caminado las aguas... En la noche erizada de su vientre una criatura sueña el conejo de la luna, sueña el agua estancada, el charco donde una rana salta, y llega al cielo)

Y bien, aquí estás ya, sobre la Arena Madre, sobre tu Madre Arena, de memoriosos granos y escrituras furtivas, templo en ruinas, escombros deslumbrante, arqueología cantora de su hartazgo, devoradora de latas de cerveza, condones, aretillos y credenciales escolares.

Miras el fuego de la hoguera de llanta disolverse y crecer, crecer y disolverse, hasta la madre, *with two stones in your eyes*, evocando la canoa fantasma varada en la bajamar de las tres de la madrugada, suspendida entre el Mogote y el Malecón.

Por este malecón paseaban John y Ron, dos vaqueros de Hollywood, casi desnudos, sin que nadie les pidiera un autógrafo. Venían a veces a comprarle carnada a los Cuevas del Pardito, mis vecinos.

Pasaron también Hearst y Eisenhower, Newman y Quinn. Isabel de Inglaterra fue otra majestad que nos miró a los ojos a su paso por nuestro malecón. Pasó también descalza y juguetona Lupe Vélez, y no menos hicieron la Marilyn, la Félix y la Welch.

Cantinflas, Tres Patines, Bing Crosby, por aquí desfilaron cagados de la risa, sobre las mismas huellas de los astros nativos.

De los yaquis suicidas del Estero que iban a la Explanada, al Kiosko, a buscar pleito cada baile de domingo por la noche, armados de caguamas y botas puntiagudas. Y si no había nadie que le entrara, pues para eso estaban los amigos, los compitas, la hermandad de los buzos—pescadores, para sacudirse entre ellos el rencor, y sentirse y saberse hermosos y valientes con un pedazo de vidrio entre las manos, saboreando la sangre—agua salada, hasta quedar tendidos bajo la luz de los faroles del Seguro Social, con las sirenas municipales creciendo, creciendo como un nudo de erizo en la garganta, como el llanto de un niño mecido en un carapacho de caguama. Pero entre todos estos nombres y pronombres, el de Fiolito brilla con luz propia; siempre con su pacha vibrátil bajo el cinto, fajada en su cintura de pelicano enfermo, en sus manos de curtido barman y de poeta de tiempo completo, acercándose al fogón de unos morros de largas cabelleras, olorosos a incienso y yerbabuena:

*“Maldita sociedad yo te maldigo
en tus umbrales de oropel me jodo
jamás seré tu mísero mendigo
aunque arrastre los huevos por el lodo”.*

Fiolito, como tantos que fueron y vinieron, que vamos y venimos, y seguimos pasando, trotando, con nuestros tenis chinos y nuestro pants coreano, con la panza crecida y el corazón bramando, alcanzado por una de estas niñas que dejan a su paso un perfume de mar, de mar a secas, a la altura de la curva del Coromuel, en esta tarde de marzo 25 a principios del siglo y del milenio.

Y vuelves al de entonces, ojos traspasados por la ventisca y el rumor amarillo de los dátiles, que caen, caen, volutas del crepúsculo, chispas de la fogata que arde en Costa Baja.

Como diría la abuela: recordaste un domingo muy temprano y bajaste a la playa en busca del pirata que asaltara tu sueño y enterrara sus cofres herrumbrosos, cargados de reliquias, casi bajo tu lecho.

Buscaste por la orilla, removiste las piedras y la lamas, las vísceras del pargo y de la raya, del botete y el bagre, los huesos casi arena del pelicano.

Escarbaste, escarbaste hasta que brotó el agua entre tus manos, pero nada de aquello, ningún collar de perlas, ningún cetro de oro, ni diamantes ni nada parecido.

Quizás no era la hora mañanera la ideal para buscar tesoros. Quizás la noche con sus fosforescencias, fuera el tiempo propicio para los gambusinos.

Por lo pronto, que el día continuara jugando en la bahía, desenterrando conchas, caracoles zumbones, piedras porosas, y una que otra moneda de cobre, con un sol imborrable en sus adentros, que alguna vez valió veinte centavos. Y apretando el botín contra tu corazón filibustero, seguiste con tu trote lanzando piedrecillas contra la superficie, haciéndolas saltar, hundirse y emerger como seres marinos, tres, cuatro, cinco, veces.

¿Podrías llegar a seis?

Hasta que aquel jolgorio de auras, remolino de oscuros zopilotes, enturbió la mañana del domingo. El cuerpo de un hombre flotaba de muertito entre la espuma y los sargazos de la orilla.

Era seguramente un gringo, su piel blanca cocida por las sales y soles de su insólito viaje submarino. Las mojarritas le mordían los labios desflorados; los muleginos le chupaban un pedazo de sexo; los cangrejos cargaban con los ojos, los botetes le topaban el pecho.

Soltaste la moneda de cobre, la del sol enterrado, la que alguna vez valió veinte centavos, y corriste hacia casa a despertar a todos, a verte en ese espejo.

Sube “Marea Baja”...

Una brisa caliente circula entre los datilares y los cangrejos celebran otro cuarto menguante en la ondulada superficie del fondo descubierto.

Ritual de las diez y media:

“...Radio La Mar ha finalizado sus labores de hoy; deseamos que todos hayan logrado un día completo de felicidad y de éxito. Si no es así, haga serenos y firmes propósitos para conseguir mañana lo que no pudo conseguir hoy.

“Lo importante es que esta noche olvide sus preocupaciones; los problemas son parte misma de la vida y deben tratarse y pensarse como cosa rutinaria del trabajo diario. Si no tuvo éxito hoy, lo tendrá mañana, porque mañana, comienza la vida.”

Hidra de sombras, nido de gatos, el tamarindo, Babel que enjuaga su preciosa confusión con la llegada de las lluvias. Nadie duerme en la Casa Mayor, ascuas de la vigilia entre los catres. Una taza de café, que hace tres días está sobre la mesa del corredor, vuelve a humear.

Labios de humo se pliegan a la boca de barro. Sobre el tatuaje del pájaro se derraman perfumados vapores. Trinidad sonríe tras las lámparas de azulado aceite. Una mariposa negra se posa en su nariz, husmeando la víspera del entierro.

Desde aquí viste por última vez alejarse al *Korrigan IV*. La quilla, un cuchillo hundiéndose en la mirada púrpura de la tarde. Aquel humo emergiendo del agua entre los faros todavía nos hace llorar, en el sopor de esas noches en que nos quedamos mirando, sin nada que decir, porque el salitre avanza por los muros ante el pánico de los grillos.

- Ahí va el *Korrigan*.
- Parece una ballena vieja.
- El mar cansa.
- Mira a esas gentes.
- Siempre diciendo adiós.
- Siempre.
- Extrañas tus tiempos de Capitán.
- Un barco es una casa.
- Una raya en el agua.
- Tú nunca has ido más allá de esa boya.
- Oscurece.
- Me gusta remar cara al crepúsculo.
- Me da miedo esa brisa, ese olor a agua podrida.
- Cierra los ojos y cállate.
- Pobres gentes.
- Siempre diciendo adiós.
- Siempre.

“Está pariendo la vieja, está pariendo, oigan cómo se queja y su hombre no aparece...”

El campanero del templo de Nuestra Señora de la Fundación, doblaba a misa de seis y volvía a escuchar el alboroto de aquella mañana en que desde la torre vio salir la canoa con los tres hermanos a bordo.

“Que Dios los bendiga”, pensó elevando la mirada hacia un cielo que empezaba a nublarse.

Una jauría en brama levantaba polvaredas en la calle del parto.

Clareando, salimos José, Lorenzo y yo. Mi madre nos había echado la bendición como siempre que íbamos con el rifle, los cuchillos y las fisgas bien afilados a pasar tres días a La Ballena.

Remamos cada quien un pedazo de mar aligerados por la damiana, y nos fondeamos en la bahía norte de la isla, frente al ojo de agua envenenado, por el que dicen han muerto muchos animales y uno que otro despistado últimamente.

Tendimos las piolas un buen rato y no jalaba nada. Fumábamos los tres y yo sobaba la vaqueta escarchada de la funda del 22, mirando la cabeza de piedra de la isla; ni una sombra, ni un pájaro, ni un chivo, ni un fantasma por ahí; tal vez un poco más adentro hubiera esperanza de encontrar algo, al caer la noche, cuando los jejenes no molestaran tanto.

De repente, la canoa empezó a bailotear cogida por una marejada medio misteriosa. José fue el primero que divisó el lomo borroso del animal. “¡Tírale!”, me gritó mientras recogíamos las piolas.

Solté la mía y desenfundé el rifle. El cachalote se hundía y volvía a salir chorreando como fuente de plazuela, salpicándonos de agua babosa. El oleaje arreció y la canoa empezó a hacer agua.

Trataba de atinarle a la cabeza, por el ojo brillante que cada vez pasaba más cerca de nosotros. “¡Tírale!”. En un parpadeo apretó el gatillo y la sacudida me hizo caer al piso de cara a la apestosa tripa de bagre que traíamos de carnada.

“¡Pero qué hiciste, pendejo!”, gritó Lorenzo arrastrándose hacia José que había quedado con la cabeza ensangrentada fuera de borda, oscilantes los brazos, como buscando algo en la embravecida superficie.

Nada, solo sus ojos abiertos cegados por la sal que Lorenzo cerró, mudo, sin mirarme a los ojos, antes de recostarlo entre los bancos de enmedio y taparlo con una cuilta. El 22 había caído al agua.

Mejor así. El cachalote ya no se sentía por ningún lado.

Lorenzo, hombre de pocas palabras, tomó los remos y lloró sin mirarme, sin voltear a ver el bulto del hermano bamboleante a sus espaldas. Cerré los ojos y recé por primera vez en mi vida. El cadáver, la sombra inerte de José, crecía entre nosotros, solos, atravesando esa bahía de mierda.

Cuando me tocaba remar, de reojo veía a Lorenzo levantar la culita para mirar el rostro de José.

Tomó su paliacate y volvió a limpiar la sangre, a remover las costras púrpuras que deformaban el perfil del muerto hundido en los movimientos del mar.

Remaba y rezaba, pensaba en mi madre: “No jueguen con fuego, son tan jóvenes...”

Entonces vislumbré la boya del canal, y al fondo, las luces del puerto, la orilla todavía lejos, una hora más tal vez. Me dio miedo. No quería mirar a José mientras estuviéramos en el agua, pero tampoco quería llegar.

Al hacer el relevo de los remos, Lorenzo, por primera vez en mucho tiempo, me alumbró de lleno con sus ojos verdiazules encendidos como los míos por la damiana: “Le hubiéramos dejado un trago a José ¿no crees?”, me dijo, y nos abrazamos llorando como niños abandonados por la madre en un monte lleno de víboras.

Subimos los remos y tiramos la piedra del ancla. Descubrimos el cuerpo del hermano mayor y lo cubrimos de besos y reproches a la mala suerte.

Los ecos del mar son distintos a los del monte: ahí estaba el monstruo, sordo, amancebado con la colla resinosa que nos ardía en la cara y nos golpeaba el alma.

Lo demás ya fue asunto del Demonio o de Dios, ¿quién sabe?. El bramido de aquel barco, el *Korrigán*, nos avisó que clareaba de nuevo, pasando frente a nosotros con un humo espeso, negro como la noche que acababa de irse.

Vimos los rostros de los pasajeros acodados en el barandal de cubierta, llenos de la duda del viaje.

El llanto de un niño rebotó en mis oídos. Lorenzo y yo nos miramos como dos desconocidos.

Al disiparse el humo, bajo la cuilta no había nadie, nada.

Y de nuevo el llanto del niño y un grito de mujer desgarrada, con las piernas abiertas bajo el emparrado.

La playa era un mar de pañuelos colorados, empezó a chispear, el aguacero recorría cortinas en el horizonte, las auras se desparramaban tras los cerros pelones.

“¿Qué hemos hecho, Lorenzo, qué pecado tan grande he cometido?”, le dije, y él sonriendo, fumando, oloroso a damiana, levantó una mano ensangrentada y apuntó hacia el humo del barco, caso nube ala distancia.

“Tú y yo nunca hemos ido a ninguna parte, pero ahora tenemos que regresar allá”, balbuceó, y volteando a la orilla:

“Oye esas campanas, esa gente no existe”.

En el centro del círculo de fuego, levanta, pirata en plenilunio, la botella de vino y el puño de yerba, y cuéntanos de tu vida en el camino, parodia de ti mismo.

Cuéntanos de los campos, las bahías y los puentes de niebla de San Pancho, de sus aves exóticas y su KFRC, la de la eterna prendidez, vigilia tras vigilia.

La de *Spill the Wine (Dig that girl)*, la de *Proud Mary* y *I'll be There*; y el aviso oportuno: “*En Londres, Jimmie Hendrix ha muerto de un pasón*”.

En Sausalito, en el Pelican Harbor, le espera un homenaje, tomorrow por la tarde, a esas horas en que cualquier freak es un poeta mientras no demuestre lo contrario, con *Quicksilver* y *Grateful Dead*, la muerte agradecida.

Y hay que llenar las botas de pellejo de víbora con sangre de uva de Sonoma y las alforjas con pasto fresco de **Mendocino County**, porque la noche será larga, larga y profunda como un viaje al Sur, a la punta del Sur, a las islas del Sur: piedra de sal.

*Un remo de coral, un charco de algas
un norte zumbador que el tiempo enreda
un cielo que se crispa y se desangra
un leviatán que salta, canta, resopla
coletea, suelta un chorro, se sumerge
y vuelve siempre:
un navegar en vilo
de gota en la cresta de la ola
ojo y tacto de luz enardecida
que sueña entre mareas el naufragio
el retorno de los viejos capitanes
señores de las islas encantadas
de la memoria constelada de erizos
y lamas fluorescentes que se crispan
yerbas para el buen viaje mariner.*

—Basta con arrojar una palabra al fuego para incendiar la vida, para volver ceniza el Mundo.

*“Trepa el risco más alto y alucínate faro
viejo lobo de mar...”*

*Con luz propia hazle un guiño a esas velas
que no saben llegar.*

*No le saques al parche del pirata
A la cuenca vacía del ojo a la deriva
A los garfios insomnes bajo las estrellas.*

*Al loro que celebra el abordaje de la nave fantasma
Y se esfuma en la niebla sobre el puente de mando.”*

Mirando el fuego de la hoguera avivarse y morir, canta la Foca la canción de siempre abrazado a su lira, mientras baila la Laila, y un coro pronuncia la palabras mágicas:

- Pasa la pacha.
- Dame las nachas.
- Mata la bacha.
- Mira qué facha.

Recomienza la Foca en mi menor, al oído de Laila y del amanecer sobre las ascuas:

Espera a que termine la talacha, dale chance al trajín que se desvive por ser ritmo y acento rescatables en una página de papel estraza, buena para forjar colas rabudas o hacer avioncitos, cucuruchos.

Espera a que termine esta semblanza de mí mismo haciéndome pen-dejo, jugando al sabedor de la palabra, al bebedor del mar, al Argonauta merodeador de fondeaderos turbios y encantador de fieros temporales.

Espera a que termine esta añoranza, que la melancolía edulcorada es el elixir de mi Angel Caído que quiere levantarse en tu memoria, pegar un grito en la punta de aquel cerro, y volver a incendiar el Paraíso.

Espera a que termine esta aromática sopa de letritas; que hierva bien la sangre en que se cuecen los nombres que el vapor del azar pondrá en disputa del aura funeral que ronda ya el fogón del taquero poblano que logró conquistar nuestra frontera.

Espera a que los nombres se desplieguen en fábulas y en cantos que te cuentan los avatares del sueño provinciano, a ti que no crees ni en tu sombra y te resistes a ser nombrada –digamos por ejemplo– Sofía Primera: Reina del Fovissste.

Espera a que me baje lo solemne, a que ponga en su sitio tanto misterio idiota, y así pagar la deuda de la duda ancestral, fulgor de certidumbre fundadora: *la escritura es un mero accidente*.

Certidumbre vertida vuelo adentro, cielo arriba del pájaro que chilla sin saber que es un ángel suspendido entre el manzano aquel de la primer mordida, y los hijos de Adán desperdigados.

Espera a que me baje de mi nube, cargada de presagios y tormentas, de humedades salobres, bramidos, resplandores, como cohetes de feria arrabalera.

Deja que el arrabal vuelque sus cloacas sobre el rostro de Dios y de los hombres, y que sea la mujer la que redima, el entorno de la nueva epopeya.

Voy a dejar que sigas la talacha de reinventar el mundo con sus guetos, cotidianos andares que son ruegos, gestos de rebelión como un sartén ardiendo.

Espera a que termine la *talacha*, semblanza del espejo, del chef de la fondita de la esquina, de la mujer que pasa por mi cuerpo sin tocarme, de la casa que vibra henchida de memoriosos polvos, del armador de aviones, cucuruchos y pájaros de estraza, de la ciudad, la esquina, el neón, el callejón, la habitación que me recuerdan a mí mismo haciéndome pendejo.

Pero baila mi Laila,
muévete al ritmo de este blues (*Whats up?*)
que Batoloco se saca de la manga.

*Aligera la carga de tu culpa,
mujer de polvos finos
y párpados narcóticos,
que la noche es joven,
y ya nos vamos a cabalgar
las sombras de los pequeños dioses
que juramos ser...*

*Arre escribidor arrabalero,
arre vida, arre muerte,
sobre el lomo del mundo
cabalguemos.*

*Que a reventarnos vamos,
We are going,
Gone, we are gong
Gong, gong, gong
a jugar que jugamos a hacer una pirámide
en las Playas de Nieve Calcinada,
a trotar en las Praderas de Krystal,
donde podrás fildear a toda madre
toda clase de pájaros,
atraparlos al vuelo,
aun después del crepúsculo,
contra la barda del jardín central
de nuestra hora cero:*

*La del Lugar Común y la Asonancia:
"Donde se juntan el mar y el cielo..."*

*Entre el día y la noche, un parpadeo.
¡Ascuas!
Toda una eternidad
—según la mira y el tirador
con que se vea—,
Sicario del Demonio,
Esputo del Creador,
Multicéfala Bestia de los Cuernos de Chivo;*

*Apunta bien al corazón de los traidores,
que polvo somos,
y en polvo nos convertiremos.
¡Y que siga y me siga la tambora!*

Encarámate Diablo sobre el hombro de Yuyo
Nagudo de estas playas que no sabe en qué alambre
dejó colgadas sus más caras imágenes
sus castillos de arena, sus clepsidras,
su lengua de aguamala y sus calzones de aire
de bodega de mar.

Encarámate Diablo sobre el hombro de Yuyo
y soplale en la oreja las palabras rituales
—íncubo, súcubo—
al filo de la medianoche cuando los mástiles
más enhiestos de la bahía desaparecen
en un destello púrpura del conejo de la luna.

(Supercharge)

Si de colas se trata mire usted que
en estos campos se dan como pop
corns en el Qualcom un domingo por
la tarde en que juegan los Dodgers
contra los Padres, el nuevo clásico
californiano, sabe usted, que hay de
colas a colas, como aquella que pasa
danzarina frente a ese grupo de
muchachos que le chiflan y le
endulzan el oído con una jerga
penetrante y zumbona, o colas como
las que se forman en la Línea o en
los bancos los lunes por la mañana o
los fines de semana, o bien, que es
a donde usted quería llegar, de esas
colitas, colotas, coliuix de borrego
verdoso de las que fuma el Sexy
Sadie, mi compa, new wave y onda
retro, cliente lector del Café Lulú,
y que ponen hasta la madre, por no
decir “hasta atrás”, como dicen
los guachos, loaded, como dice la
Nancy, que se pone caliente con el
puro hornazo cuando llega
a mi búnker, por el rumbo de El
Cajón, y de volada se baja sus
cada vez más diminutos calzoncitos
mientras pone un CD de los Mexican
Jumping Frijoles y salta sobre mi
cuerpo que flota como cola de faisán
de la antigua Quinta de Nopper entre
el humo perfumado de una ciudad,
de una metrópoli, perdida pero no

olvidada, en la bruma del studio
donde se fraguan a fuego lento las
palabras que te darán la bienvenida
cuando tu danza alcance la orilla de
mi lecho y tu boca me pida reeditar
el sesentero rito del supercharge y
yo me tenga que poner el joint
invertido entre los labios, con la
punta encendida, con la lumbrer
chirriante iluminando mi garganta,
mi lengua, y
tenga que soplar suavemente para
pasarte el humo cargado de nostalgia
boca a boca, en un beso camuflado
como un juego de niños.

"Knock it off", gritó el Sapo, *"Is only one way!"*, y se volvió acostar, a meterse en el sliping verde army, verde mariguana, para protegerse del acoso de la urracas que se habían colado por la ventana del departamento del Odilón, que se le tiraban encima, le picaban las nalgas y le jalaban la greña de falso Christian Hippie, mientras en la KFRC se dejaba escuchar *Spill the Wine*, *Dig that Girl*, y las urracas baldían las botas de cuero rebosantes de savia de Mendocino County.

"Is only one way!", repetía el Sapo su mantra enervándose con su propio aliento de dragón, halo fosforescente en la penumbra del traqueteado saco de dormir, extensión de su cuerpo itinerante, de su marcha hacia *no where*, por ese camino sin desvíos, *the only one way*, desde la Baja, desde la punta de la Baja, hasta el mítico FRISCO, centro neurálgico de la contracultura, de la generación florida, el Filmore West, la Bay Area y sus suburbios encantados: Sausalito, sus muelles y su plaza de Viña del Mar; San Rafael y Fairfax y su Lyon Share; Tiburón y sus migrantes iraníes y sus yates siempre enfiestados... Y allá San Quintín y sus mazmorras patibularias con sus sombras asesinas... Berkeley y su Telegraph Street, plagada de emanaciones kármicas de Ginsberg, Kerouac, Ferlinghetti, que ofrecían sus obras de autor a dólar por opúsculo hecho a mano.

La bolsa de dormir, vaya metáfora, sliping bag, canala, zigzag que forjaba un cuerpo convertido en yerba sublimada en los humos de la época; sarcófago maleable, sudario del peregrino caído en el camino, *on the road*, en el *only one way* existencial... Pasto, espinas, arena del desierto y del mar, hojarascas del Yosemite National Park, lecho pedregoso y escarchado de Big Sur, dura banqueta del Down Town LA y de Haight & Ashbury...

Todas las superficies y texturas tatuadas como la sombra de la virgen en el lienzo de Juan Diego.

Refugio para expiar la resaca terminal de la orgía perpetua, del ácido de ayer por la mañana, al amanecer, a medio camino peatonal del Golden Gate, pensando en los suicidas que desde allí, ¡oh, Farola 69! se habían lanzado en busca de otro mar menos turbio que esta agua casada con la bruma.

¿Por ahí se fugó el Zodiaco?

Maniobrando por el hipnagógico vórtice del bajón como en una de esas calles verticales del China Town, con un clamor de chinos y dragones zumbándole en la orejas de caracol y en la caleidoscópica mirada interior, memoria en vilo, oh, héroe del recuerdo, profeta del olvido, emisario del instante absoluto, fiel que reclama su fragmento de eternidad como criatura y esputo de Dios.

¡Paso redoblado!, Sapo, remember, aún no te mandas solo, apenas comienza la marcha.

¡Firmes... Yaaaaa!, el padre general, militar retirado sin combatir una sola guerra más que la del constante destierro, el desarraigo permanente de zona en zona, de cuartel en cuartel, las guerras de la memoria y del olvido.

¡En descanso! ¡Yaa!!, la madre soldadera, pareja típica, Mexican Curios, del color de la tierra de Morelos palpitando con un furor telúrico a flor de piel.

¡Media vuelta!... ¡Yaaa!, qué giro tan patético, Sapo, doloroso, descuartizador, inútil hacia el vacío.

¡Romper filas!... ¡Yaaa!, y fuémonos a la milpa, al garete, a la verga... ¡Ay! De las vergas de la Bahía de La Paz, frente a Los Arcos, en los palmares de Abaroa, a los mástiles de Newport en un aleteo de párpados narcóticos, a las musicales arenas de Venice, en busca del fantasma de Jim, el gran Jim, que le vuelve a pedir fuego al Prometeo encadenado por Uncle Sam, vamos loco, no seas tan cruel como Elvis, con este chico de ninguna parte, *no where mad*, trastoquemos el mar en un campo de fresas para la pizca sempiterna, para la recolección en superlibre, sin fronteras, porque todo lo que you need is ya te la you know en este verano del amor.

Vengo del Sur por un poco de Norte, simón dijo Odilón, por la estrella polar cuyo hielo diluirá mi aliento desbocado... Estuve en Monterey y Woodstock, en un cine de Fairfax de mil pantallas vivas como las carnes que toqué con las yemas del tacto dilatadas, como pupilas navegando en aceites quemantes.

“Oh, no, *you are blowing my mind!*”

Acerca el otro bote, boliviano, gnomo, duende atascado de la otra Paz, la otra bota de vino de Sonoma, el bajel sin amarras de tus polvos.

Let it dream, déjalo soñar, sonar, como nunca, como esa guitarra derretida cual relojería de Dalí, déjame escuchar los ritmos de mi sangre, del México Profundo al proscenio del Mundo, del Tiempo detenido entre los puentes devorados por la niebla.

Sangre sabor a tierra, a estiércol, hongo, pingos que cantan en las compuertas del origen y hacen retumbar los tambores del corazón en el camino...

Knock it off! Is only one way!

¡Atención! ¡Firmes! ¡Yaaa! You are blowing my mind, padre mío, Oh, daddy, you are dead already, dad, dad, jefe, jefecito, tus botas, tu cachucha, tus insignias de soldado sin guerras, tus opacas estrellas, tan lejos de la Revolución y de Viet Nam, escucha tú también ese requinto evocando el zumbido y el estallido de las bombas sobre la selva virgen y las aldeas de la costa de enfrente, aquí cruzando el charco del Pacífico.

Aquí en mi corazón, hey hey Joe, hey, JIMI, vas de nuez, para papá, my dead dad, que ya se va, y me deja aquí, suspendido en esta neblinosa pelambre morada de tu escalada lírica...

(Sueña dead dad, daddy, dada, dadoso, dadorcito, con tus Plateados bajando la montaña hacia Anenecuilco, cabalgando rumbo a Cuautla, lazando a las mejores hembras que se les atravesaran, con sus espuelas, botonaduras de plata, y sus águilas bordadas en anchurosas espaldas... Ahí vas, ahí vienes Salomé Plascencia, con sin igual arrogancia, tu camisa de Bretaña, a buscar a Rafa Sánchez... A emboscarlo con tus balitas sagradas: qué milagro tan patente, hizo mi padre Jesús, que al mandar matar a Sánchez, trajeron balas con cruz... Tú los viste, Emiliano y te enamoraste de ellos, de su plateado fulgor).

¡Atención! ¡Firmes! ¡Yaaa! ¡En descanso! ¡Yaaa!

¡Romper filas! ¡Yaaa!

Y allá vamos, tropel fantasmagórico, a reinventar la marcha, deriva de la niebla entre los puentes, bruma puentera, puente de puentes...

¿Dónde andas, oh Yome? No dejes de escribirme, de escribirnos, de recordarlo todo, o casi todo, de recordárselos, que ya va siendo hora de llegarle al mono.

Señor Cangrejo tiene sueño.

Cabellera sobre la arena viva:

Zancudos zumbadores, tacto que se abre paso por la duda,
remolino del cuerpo.

Cóncavas naves naufragan en la espiral de voces:

“¡Háblenme, cabrones, digan algo!”

“¿Verdad que tú y yo somos hermanos, o quizás hermanas?”

Mudez de espinas en la brecha a Ensenada de Muertos.

Viento frío de mayo luna llena que al tapar el oído nos deja
aquí en suspenso,
devolviendo los besos, vomitando el amor, cabalgando
la yegua de la noche.

¿Bajamos ya el telón de humo
cortina de vapor
sombra del bajar
y la leyenda: Fin?

Con sangre del crepúsculo en el pico,
las auras vuelan hacia la noche.
Cruje el vientre de la maga, la bruja, la hechicera.
Un sol oscuro se asoma entre sus piernas.
—Son las seis de la tarde...
La tarde: Esa manzana que escondes en tu carne.

Amareceres

Deja que mis palabras
se tiren a perder
Que te busquen
en todas tus guaridas
Y te encuentren
cuando menos lo esperas.

«Más temprano que tarde
La fugitiva diosa
Pronunciará tu nombre
Con todos sus labios»

¡No me muevas el agua, Capitán, que me mojas! –gritó la Mar al cielo en medio del diluvio, y volvió a recogerse entre relámpagos en su lecho de sombra.

Amarece
Tu cuerpo
A la deriva
entre la sed
y la humedad
de un beso.

Cantan los peces/gallos
Danzan humeantes
las aguas interiores
Amarece
A la orilla
Del cielo
Amarecida.

No hay Mar que por sed no venga.

Que se duerma la noche en sus laureles
y despierte el poeta a la deriva

en tus amareceres

Bajo la fronda de una cabellera
derramada en la línea del alba.

Que se apague la luna
y estalle la estrella

de tu vientre.

La mirada del Cíclope descifrá tu ombligo:
espiral
remolino
caracol
ojo invertido.

Al fin mujer, la Mar
siempre mojada.

Destiempo somos
y en el olvido amamos.

No hay nada aquí
más que un jardín virtual
en que nos confundimos
con los otros que fuimos
o que quisimos ser.

En esta hora cero
en que las sombras cantan
y las paredes oyen, reptan,
vuelan tras el eco de palabras mayores:
“Alguna vez, aquí, estuvo el Mundo.
Y aquí nos encontramos...”

Nadie muere de amor en estos tiempos. Nadie muere de sed ante la fuente, pues las fuentes murieron en la larga sequía.

Las aguas fugitivas se llevaron los pájaros guardianes del jardín del edén, con el pico teñido con la sangre de los frutos prohibidos.

Nadie muere de sed en el desierto del deseo que fuimos: ya somos el espejo, el espejismo.

Llegará el día que no llegará el Día
Ya no amanecerá
Sin darnos cuenta habríamos vivido
nuestro último crepúsculo
sin el terror de la noche primigenia.

Déjalos que se crean los dueños del Sentido
mientras a ti te dejen la Mar, el sueño, el vino, la guitarra.

Este cielo virtual también se nubla, relampaguea, truena, llueve, empapa, promete, exige sacrificios, corazones, sangre de avatares sobre la piedra digital; sobre los muros de las Inscripciones: graffiti fundador de la nueva epopeya.

Otro ensayo, juego del olvido, del agujero oscuro que acecha en cada gota, pétalo, ombligo.

Página de humo la tarde bajo el agua...

Con el sol de ese foquito rojo brillando al fondo.

Del viaje verdadero
Aunque regreses
Nunca vuelves del todo...

“Llueves sobre mojado”, dijo la Mar al cielo encapotado.

Día de la Fundación

A las seis de la tarde de aquel 3 de mayo inmemorial, salió con un paliacate anudado al cuello para protegerse de los malos influjos del eclipse y reconocerse en los patios de la infancia.

La abuela lo observaba desde la terraza de la Casa Mayor descifrando en la forma de caminar del nieto extraviado, del hijo pródigo recién desembarcado, los trastornos producidos por los años de ausencia.

¿Qué yerbas fumaría el condenado? ¿De qué polvos, lechos, luces, sombras, cuerpos, muertes, habría regresado?

Esos pasos se los sabía de memoria, ese andar impreciso y sin embargo fluido como danza: de marinero ya para siempre en tierra...

Podía deletrear –¡que para eso era la abuela!– las sonoras imágenes que se agolpaban en el camino del retorno:

*“Inmóviles los remos
apagadas la velas
se hacia tarde y el cielo
era un templo desierto.*

*Daba vuelta la quilla
En el fondo del mundo
Y un clamor de mareas
Avivaba el incendio...”*

Podía seguir sus pasos hasta los más caprichosos escenarios y desaparecerlos en un parpadeo. Que para eso era la abuela, la nana, la maestra de las primeras letras, la vidente de los fatales presentimientos.

Serpentea la escritura de sal sobre el muro del malecón, baja por la escalera de cantera, se funde con la arena de granos finos y brillantes y con la lama tersa de la orilla.

La sombra de un cardumen pasa en un parpadeo y envuelve el lúdico fulgor de los policromados muleginos.

Camina bajo la danza de las auras, muy arriba en el cielo, sobre un mar sin olas. Toma un puño de arena, lo huele y lo aprieta contra su corazón. Agua salada le corre por las venas, savia del mar Bermejo, del mar a secas.

Día de la Fundación: el *Viosca* pita en el muelle con la banda a bordo y lentamente se desliza hacia el centro de la bahía.

El *Viosca* vuelve a mugir como un toro en agonía y arranca el estruendo de las tubas y los tamborazos.

Bajo una aureola de humo la atiborrada cubierta del ritual. Honor a los ahogados, a los náufragos, a los destinatarios de esas lágrimas de mujeres que esperan en la playa.

A la altura de la Huerta del Cocol, sobre las pangas y las canoas varadas en la orilla, la cofradía de Carambuyo Bill disfruta del espectáculo con especial alborozo: palco de honor en célebre escenario.

El primer cañonazo de las fragatas fondeadas en la línea del Canal, los hace retumbar en una carcajada.

De repente callan, se pasan la pacha, murmuran.

- Se está sofocando.
- Huele a tierra mojada.
- A dátiles maduros.
- Hace mucho que no se ponía así.
- Desde el velorio de la francesa.
- Desde el incendio de la tenería.
- Confundes las fechas.
- El tiempo te confunde.
- Desde el bautizo del *Chunique*.
- Cada cabeza es un mundo.
- Vete a mear más lejos.
- No salpicarás la confusión de tu prójimo.
- Tarás muy newport.
- Sí tú pues.
- Ya empezó el piano.
- El Cocol.
- Pobre...
- El vals de los ahogados...
- Las músicas se confunden.
- Qué desparramadero de pájaros.
- Sí tú pues.
- Morir soñando.
- Himno de San Ignacio.
- Ya está el simple.
- Pasa la pacha.
- Ahí viene el *Korrigan*...
- Dame las nachas.
- Te irías en el *San Jorge*.
- Mata la bacha.
- Emerjo con el *Viosca*.
- Mira qué facha.
- Echa tú las cartas.
- Te toca a ti.

Eche usted las cartas, mi Cocol, espárzalas como abanico.
Repártalas. Como Dios, los paisajes y los panes...
Los destinos, pues...

Baja Times

Fumarse un porro de “chocolate” marroquí —obsequio de un viejo capitán recién desembarcado—, en el 110 del Hotel Plaza de la Calle Mayor.

(Cuatro Crujiente, mi hogar aquí y ahora, ¡ampárame!)

Ofrenda del Magreb para la Antigua California, la del Mito y el Narcomitote de las Playas de Nieve Calcinada.

Oh, Baja! Magnificent Peninsula!

Gran Ballena varada a orillas de América.

De Tijuana a San Lucas, un Arco Iris. Una enervada brisa de la Revolución al Boulevard Marina. Del *Mike's* al Cabo Wabo. Del *Bordo* a la *Playita del Amor*.

El pueblo de cardones con los brazos al cielo —*Jesus Christ!*— reverdece. La espina muere cuando la flor dilata sus pétalos de sal iridiscente.

Oh, Baja rumorosa:

Rumor baja

la Baja

deleitoso:

Regresaron cargados de una suave embriaguez esta temporada... Su pulpa agridulce es la carne de Dios. Corrió el rumor y se dejaron ir, se dejaron venir: Mariposas de FRISCO. Comediantes de Elei, cholitos de Tiyei, piratas de Ensenada.

¡La horda fronteriza! Límite de sí misma, como el Agua Cero que Cae y disuelve las brechas, las vertientes del tiempo, los estanques posibles, los espejos.

“Te ponen hasta atrás, hasta la madre”

¿Y?

Que doblan las campanas de Loreto y el cristal de las Torres de Aguacaliente cruje y se apaga. La urbe se adentra en otra noche de cuchillos largos y cuernos de chivo.

Giran entre el azul y el rojo las sirenas. Gimen y cantan de espaldas al Océano. La Madre Perla se abre. Salta una lágrima de plata sobre el fondo del Golfo, entre ardientes corales.

Allá abajo, las proas del naufragio. La sombra de una cabellera enredada en el Puente de Mando. Los ojos del vigía a la deriva. Allá arriba, los fantasmas del Yonke alebrestados: De las ruinas del **Cadillac** saltan a la defensa del *Pick Up* o a la portezuela del Toyota. Danzan entre los fierros retorcidos y los espejos rotos.

En la radio la música se apaga y se enciende la voz del locutor con la noticia de Último Minuto:

En el hipódromo galgos y caballos han sido dopados. La pista es de cristal, resbaladiza y transparente. Devoradora. En los books se han cerrado las apuestas: Ni *Trifecta*, ni *Exacta*, ni *Cinco* y *Diez...*

Baja Uno

Baja Cien

Baja Mil

Bajamania

I'd rather be in Baja!

Baja Taco

Baja Fish

Baja Curios

Baja Dream

Baja Beach

Baja Flash

Baja Bug

Baja Telos...

Salta, oh, marlin de pico coralino sobre los *Baja Rainbows*.
Sobre la cabellera del *Viet-Vet* que ante una postal de Sausalito
sonríe:

El *Golden Gate* cubierto por los humos de la yerba quemada en el
Altar del *Filmore West* la noche de *The Cream*, la noche de la
Janis y *Big Brother*, la noche de Santana y *Grateful Dead*.

Y luego la larga marcha al sur.

Seis de la madrugada. Kerry, el guía, prepara la excursión a la
Cueva Pintada. En los cristales de su vieja Carroza (una Van
70) se diluye la escarcha. Cargada su mochila de campaña de
dátiles maduros para la resolana y la subida, pasa lista:

La pareja de Seattle (Second Marriage).

Los cibernautas de Berlín.

Las ancianas de Eureka.

Las chicas de Quebec.

Los mexiquillos cantarines.

*Let's get it on, oh, Kerry! (He left his heart in San Francisco y
enterrará su culito rosado en Mulegé). Es hora de partir, ¡oh,
desvelados! Que allá arriba, en la sierra, los monos de la Cueva
de los Monos, también se desperezan.*

*Y es hora de volver: volver al puerto que te llenó de luz y
cultivó tu lengua.*

Volver: de Fez para la Bella Cenicienta, previa gira
europea. ¡Oh, Iberia, la Infel! La de la Eterna Reconquista
Cultivadora del instante y sus mercados con los nervios de
punta.

De Algeciras a Atocha, de Atocha a Sants, de Sants al Casco
Viejo, un fragmento de eternidad: ¡*Allahu Akbar!*
Incienso que recorre las cúpulas de la Ciudad Condal y su
vigilia al rojo vivo: Resplandor del Rioja en labios de una
barcelonina de ojos profundamente negros y cuello blanco de cine
modernista.

Esencias memoriosas que emergen del Mons Taber, penetran el
laberinto del Barrio Gótico, se arremolinan en los portales de
Plaza Real con cenicientas alas de paloma, y se posan sobre los
hombros del Colón de bronce salitroso que vela sus memorias
frente al abismo del Mediterráneo, en los linderos de la Zona Franca
y el Barrio Chino.

“Toda la noche oímos cantar pájaros”.

Deletrea la hija de San Jordi con la sangre del Rioja entre los labios.

What's up, Mister Melancolía?

¡A sacudir la jerga! El camino a casa es un beso con sabor a
damiana.

La yerba de la vida, la yerba del amor, la yerba de la sangre
caliente, amotinada.

Eco del caracol: Oh, Baja! The Magnificent Tale! Give me my turtle eggs, la Caguama bien fría, el Trópico de Cáncer, los dátiles del sueño, the San Pedrito's waves, las uvas de Santo Tomás en el umbral de la noche fronteriza.

Oh, Baja!

Baja Blues

Baja Rainbow

Baja Sun

Baja Times

¡Baja Té!

Después de un desayuno de huevos con machaca, tortillas de harina y café negro, sales a dar un rol por las calles del puerto, henchidas de luz mediterránea y perfumada brisa del Pacífico.

Escala en la Ramírez para comprar el periódico de ayer (El de hoy nunca llega). Febrero del 94: Marcos en todas las portadas: “¡Soy un mito genial!”, grita el subcomandante desde algún lugar de la selva Lacandona y México se cimbra de Ocosingo a Ensenada.

Boom de la literatura de emergencia: ¡Qué intenso fulgor trágico el de esta novísima novedad de la patria!

¿Héroes a la altura del arte de la palabra flecha, de la palabra flor, de la palabra olvido, de la palabra fuego, de la palabra muerte?

¿Quién perdona a quién?

El evangelio según San Marcos, el profeta, el poeta rebelde que a los cuarenta años –Zarathustra revisited– bajó de la montaña hacia la catedral de San Cristóbal a negociar la paz y la guerra,

la vida y la muerte, con su pasamontañas negro y su mirada clara.

Y en pleno protocolo saludó al mundo envuelto en la bandera nacional:

El águila devoraba a la serpiente mientras que Super C alcanzaba un pedazo de verde en el último instante.

“Para nosotros, nada; para todos, todo”

Chiapas, tan lejos y tan cerca. En cada mexicano más o menos Jodido se esconde un zapaneco. En cada india mixteca que desde San Quintín, Valle de Oaxacalifornia, llega con sus críos panzones y chorreados a vender “chingaderita y media” en la Calle Primera.

Pero ahora volvamos al trajín de la verbena fronteriza donde todos jugamos a ganar un buen día, una batalla más en la guerra de los cinco sentidos.

—¿Cuál de ellos domina cuando se hace el amor?

—Ninguno, todos ganan.

Qué lejos y qué cerca está Chiapas, don Benito y demás héroes del hemicycle del bulevar costero.

Ruge una escuadra de motociclistas vestidos de Hell Angels. De muy cosmopolitas los muy putos. Los batos con sus trajes de piel negra y sus morras en ancas. Largas y rubias cabelleras en busca de un poco de Sur crepuscular.

Generación sin flores, duros, heavy metals, tráfugas del futuro, pasan frente al Riviera que se les queda viendo con su mirada en blanco y ocre de joya colonial californiana.

¡Pinchis gringos mamones!

Mira que no pararse a contemplar nuestra reliquia, ex santuario del juego y capilla del drama cultural de este puerto feliz.

Time for a break

Volver al mar

Volver amar.

Hora de refinarse una cerveza en un acto ritual frente a la rada, en íntimo homenaje al océano y su embriaguez de leviatán que canta y danza.

—Hola, compita, cómo te pareces a un hermano mío, el de la voz de trueno, trovador de estos rumbos. Invítame las ostras, hazle una seña al trío, cántame *Un mundo raro* si quieres que me quede a seguirte la huella.

Comprar un six de botes colorados y enfilear rumbo a La Bufadora, como la tarde que enterramos a la nana Juanita.

Nana Juanita duerme bajo la tierra colorada

Nana Juanita debe tener frío.

Nana Juanita, sueñame mientras te canto una canción

al filo de tu lápida:

“Di que vienes de allá, de un mundo raro...”

Háblame del abuelo y sus manos de pianista, de su incommensurable sed de ave nocturna, de su temple de yaqui en el exilio, de sus habilidades de plomero.

Cuéntanos de aquel tiempo de Los Angeles y de la muerte de tu único amor a la edad de Cristo, su tocayo Jesús: recuérdanos desde tu muerte profundamente muerta.

Enseñanos de nuevo a no llorar cuando parten los barcos y se pierden tras la ceniza de la tarde con la tripulación diciendo adiós desde cubierta.

Nana Juanita, concubina de Dios (te plagian, Jaime), ruega por nosotros, que ya mi hermano menor y yo vamos rumbo a La Bufadora a ofrecerte una lágrima.

Esta mañana de febrero, en el Mercado Negro, el mar vuelve a ser esa metáfora olfativa que cala hasta la médula del ser peninsular.

Bendito seas aroma de pescado, de vísceras crujientes, almeja viva como el culito retozón de las niñas del puerto.

—Deme otro, doñita, de patemula, con un mucho de todo para sentir el cuerpo en tierra firme y recargar la batería, porque esta noche el señor dice que irá a cumplir con sus deberes de hombre.

(Alguna meserita de uno de esos bares del Bajío con la que soñó anoche)

—¡Qué no dice el señor!, tan mentiroso, tan borracho, tan agridulce, tan mariguano, tan no sé cómo.

Dice que hubo una noche en Las Playitas (¿O fue en Playa Hermosa?), alrededor del genio embotellado de don Santo Tomás, el fuego de una hoguera y una guitarra querendona en que una chicanita de lengua quebradiza y salivita dulce, de coñito apretado como calzón de luchador —con perritos y toda la costura— tendida sobre un lecho pedregoso le llamó y le dijo:

“Te chuparé tu sangre de uva suave, tu savia peyotera. Nuestro hijo se llamará Euforión. ¿Por qué tiembles?”

Y dice el señor —¡*Oh, mister Moonlight!*— que ahora, tonight, irán al carnaval a bailar en alguna bocacalle, a pistear al Hussongs donde una gringa vieja pide *Cielito lindo* por enésima vez, otra tequila y otro beso al galán.

Y mi carnal Lombillo cante y cante. Los poetas —dice el compa Carlitos Baudelaire— se dan hasta en las mejores familias. ¡Viva la diferencia! Entre los hijos del usurero, del político, del profesor, y los hijos del poeta, se abre el abismo de la noche poblado de cardones parlantes.

El canto de la ballena jorobada que cruza la bahía de Todos Santos rumbo al sur, hacia los puertos donde esperan las viudas de siempre con un crío en los brazos, en la playa de siempre, el regreso del viejo capitán.

¡Canta ballena jorobada, fantasma gris! Los herederos del patriarca Jordán saludamos tu canto, tu paso de ola viva, la estela de tu navegación. Raya en el agua de la memoria del viajero.

¡Loor a los herederos del Dios—Diablo! Ojos de neón de la noche de Tijuana, corazón de guijarro de El Sauzal, Sombra de San Luciano, duende de los tiros del Boleo, pirata náufrago de la bahía de La Paz.

Los hijos del poeta piden otra tanda de música y de vino.
¡Viva la diferencia!
(Nana Juanita, ruega por nosotros).

Tres arlequines *fellinescos* tiran sus redes sobre un grupo de Marinos coreanos que no saben qué hacer ante tanta puteza occidental. Crece la multitud frente a la barra del Hussongs; se concentra en sí misma, enervada por el olor a brea, a orines de borracho, a viscera de mar.

Y la ruca gabacha terca, terca, pide otra *margarita* y otra tanda de *Cielito Lindo*.

Abrazada al galán, nativo y con arraigo, recién engatusado, la escucha como si fuera la primera vez.

Nuestros rostros de ahogados flotan en el espejo de la Contrabarra, y el Hussongs es *un barco que se hunde con las luces prendidas*.

Volver al carnaval. Al desfile de las últimas máscaras.
 —¿A que no me conoces mascarita?—
 Listos para el acto final en el puro corazón de la noche.

*"Vine a Ensenada porque me dijeron
que aquí vivía mi padre...Un tal..."*
*En un lugar de Ensenada
que se llama Punta Banda
hay una ola
que canta, que ríe y que llora
le dicen La Bufadora.*
*Gimes, eres una mujer de agua doliente
mariposas de sal danzan en rito subceleste
la noche grávida bebe la lejanía.*
*Así quería verte
sola y a solas
ascendiendo y bajando
estallando y muriendo
como la vida misma.*
*Aquí se puede creer en Dios
Gira ya el Mundo
—el verdadero hijo de Jesús—
sobre su propio eje*
¡Éjele!

Una altra cervesa
si us plaus

Preludio en Joaquim Costa

Exhibe la pieza del rompecabeza su fragmento de paisaje: El vecino que escribe en una habitación con la ventana abierta es la imagen que falta para completar el cuadro de esta delirante simetría del Casco Viejo.

La tarde fluye densa como la sangre del toro y del torero andaluz rememorados por un camarero sevillano de un pub de Hospitalet de Llobregat la electrizante jornada del viernes por la tarde al calor del coqueo y del dominó.

Densa como la saliva y el bigote del agónico Dalí y los colores fragmentados del menú del Els quatre gats. Como el vino barato de La Puntual que explota en las lodosas arterias de los vecinos de Joaquim Costa, Tigre y La Paloma en la noche de San Juan.

Como la mirada de la gitana de Las Ramblas que lee las cartas al Suda-ca: “regresarás con las manos vacías y el corazón bramando...”

Densa como el incienso de Catedral y el fluido menstrual de las monjas que se confunden con las palomas en el centro de Plaza Catalunya.

Como la trama existencial y la voz del vecino que desde el piso de arriba grita peleando con su perro y engolando la L como buen catalán:

“¡Tranquilo, tranquilo!”

Un aire húmedo entra por la ventana, alborota los folios y la cabellera del hombre que continúa escribiendo o fingiendo que escribe (se aceptan apuestas) a la orilla del mundo:

*Un ciego avanza hacia la boca oscura del metro de Passéig de Gràcia
Tres contertulios juegan dominó en el Almirall y en el 417 del hostal
Cisneros de Aribáu y Aragón un adolescente peruano se avergüenza de
su país y se masturba con la TV encendida en el noticiario de Armida,
el de las 10: Otro atentado en Lima...*

*La policía ronda el Barrio Gótico y la sirenas se repiten por toda la ciudad.
Estampida de murciélagos en las buhardillas de Mons Táber. Tres moros
huyen cantando letanías del Magreb, cruzan la plaza de Saint James y se
sumergen en las cañadas de los callejones.*

La voz de Jordi, el vecino, es guía:

*¿Dónde las cuatro columnas del Templo de Augusto y los grandes pedestales
de los alrededores?*

*Estampida de “camellos” en Plaza Real, como en el sueño de San Paciano:
Y los habría aun que con alcohol se abrillantarian las cejas y con postizo res-
plandor se esmaltarían las mejillas y con carmín se enrojecerían los labios.
El viejo campanario despierta del letargo y la torre dorada se estremece.
San Jorge y los Doctores de la Ley, también despiertan.*

*En el jardín vibran los árboles, graznan los gansos y se deslizan como un
signo de interrogación los cisnes.*

*Tabla del Bermejo, Cripta de Santa Eulalia, Cristo de Lepanto: Ojo con
esa otoñal dama que se despereza junto al cuerpo dormido de su amante:
El último borracho de la noche.*

*Un árabe converso se confiesa después de un viaje a “caballo” por los siete
pecados capitales. El cura tiembla al escucharlo a través de esa malla curti-
da por los alientos encontrados del pecado y la misericordia.*

Hoy habrá reunión en la casa de Cristian, el poeta chileno. Cuatro escritores leerán sus trabajos y luego irán al Pressing, un sitio de los rumbos de Paralell, a tomar unas copas.

Una señora ofrece clementinas a cien pesetas kilo en el mercado de la Boquería. Alguien compra un billete en la estación de Sans hacia París.

Tres, cuatro jeringuillas en una sola acera de la calle Aribáu (Ayer murió otro crío de 20 años en un hostel del puerto, informa La Vanguardia).

Colón sigue en su sitio, apuntando hacia el mar que azotaba su frente. En la universidad Central los estudiantes comentan el rumor del Estío: El caso de la Extraña y Gigantesca Ave que sobrevuela la Ciudad Condal desde hace varias lunas:

“Ha sido vista vistiendo calcetines de rombos; posada en una gruesa rama de árbol emitiendo raros sonidos cacofónicos y volando al amparo de la noche. La leyenda del Fénix, en Egipto, tiene que ver con el sol, aunque es un ave originaria de Etiopía. Sus periodos de vida son de 500 a 1,461 o 12,954 años. Es pareja a un águila y su plumaje ostenta los más bellos colores. Es una en su especie; no pudiendo reproducirse como los demás animales, puesto que impregna el nido con su semen, naciendo enseguida el hijo; el cadáver del padre era reconocido por un sacerdote que lo cotejaba con un dibujo de sus escrituras sagradas, y si el reconocimiento era positivo, era quemado. El hijo, nuevo y singular Fénix, volvía a Etiopía.

“El nacimiento de un Fénix, según astrólogos, simboliza el principio de un gran año sideral... Una señal significativa.”

Ha estallado la guerra y la señora del puesto de periódicos más contenta que nunca. Un rap en catalán suena en la radio: “Una altra cervesa si us plaus...”

En los muros del Prat de Llobregat brilla una consigna: “¡Destruye y huye!” Otra más en la puerta del servicio de un bar: “¡Putxa Espanya!!”

Por estas mismas horas, la escritora, Ana María Matute, vuelve a la vida pública y ofrece una charla en cierta Aula Magna.

Habla de una ciudad perdida pero no olvidada: Ciudad Condal, Ciudad de los Proyectos: Barcelona y su vigilia al rojo vivo.

Ramblas Blues

Desconocer al otro, a la otra, reconocerse en lo desconocido. Salir, desde el rincón del fondo, reinventando la ruta entre las mesas. Alcanzar la banqueta. Y leer en los restos de la noche, la novela del sueño colectivo.

Haz cruzado la acera de una costa a otra, y te sientes el mar, un mar espeso, turbio.

“El mar más muerto de los mares muertos”.

Quisieras cometer el sacrilegio del musgo, que penetra la piedra, la habita, la transforma. Creer en el más alto milagro de la fe: bastante ha hecho el hombre con ponerse de pie, y conquistar el reino de unas cuantas costumbres.

Seguir el rumbo de los callejones bajo el soplo del hasch...

Arrojar tres monedas en una pandereta, y admirar la conversión del mimo en una Estatua. Darle la vuelta al mundo en bicicleta por la ruta indicada en el mapa del ciclista danés. Escuchar la oferta del **camello** marroquí, y su vibrante zoología fantástica: **tigres, burros, yeguas...** Viajar en la mirada de las brujas, precariamente asidas, a pelo, del **caballo...**

Sentir un sudor frío al rozar el perfil de una gitana, y su mirada terriblemente oscura.

¿Qué le dirían mis manos, las de la abuela puta de Carrer de la Verge, las del joven Artista que sale del Liceu con paso titubeante?

Confabular las lenguas. Hablar todas las lenguas. Y asistir al combate con la certidumbre de Dios, el primer día. Creer en el espacio que se descubre y en las horas que se conquistan... sin mirar hacia atrás, en busca de la mujer que te sigue los pasos.

Seguir al pasajero del Metro de las doce hasta una estación desconocida. Subir las escaleras contra un viento helado que castiga la frente. Salir a una avenida de iridiscentes grifos y lentas fumarolas, y ponerse a orinar en una esquina, como quien se desangra.

Índice

Bahía Madre.....	5
Zarpa	25
Arribo	39
La Víspera	49
Lunada en Costa Baja.....	59
Amareceres	105
Día de la Fundación	123
Baja Times.....	129
Una ultra cerveza si us plaus	143



El mar se decanta por el verso, de tal forma que la palabra excita de humedad la lengua. Con la redada sujeta a manera de poemario, Edmundo Lizardi compagina la vastedad en un lugar donde la mirada se lleva en oleajes. Aquí la poesía es abisal, semejante a la herida de sal primigenia: al cuerpo de partida, le continúa un puerto de llegada. Nos encontramos en el océano de lo redondo. El poeta, expectante, lo refiere con certeza: *Lunada en Costa Baja*.

Rael Salvador

Edmundo Lizardi (La Paz, Baja California Sur, 1953) estudió Derecho y Literatura en la UNAM. Es fundador del encuentro literario Lunas de Octubre (2004). Ha publicado entre otros libros de poesía, *Mar en sombras* (UNAM/INBA 1986), *Azuvia* (FCE, 1988), *Preludio de las islas* (ICBC, 1997), *Baja Times* (Fundación Pellicer Frost /INBA, Ciudad Juárez/El Paso, 1997) y *Antología General de Poesía Mexicana* (Océano, 2015). Entre los premios más destacados que ha recibido están el Premio Nacional de Poesía Alí Chumacero (Tepic, 1995), Premio Fronterizo Binacional de Poesía Pellicer Frost (Ciudad Juárez/El Paso, 1997) y Premio Nacional de Poesía Tijuana (1997).



**BAJA
CALIFORNIA**
— GOBIERNO DEL ESTADO —



SC
SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



ICBC
INSTITUTO CALIFORNIENSE DE BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA

